

Pensando en voz alta...

Ustedes que me conocen, saben que si algo hago es pensar, y ahora en estos tiempos la cosa no ha variado.

Este tiempo de reclusión ha sido el disparador para pensar las familias en Panamá. Fenómeno al que me he dedicado por largos años, así que algo sé de ello.

Pensaba cómo el mito de la familia se desmonta una vez más en la práctica, aunque en el discurso sigue siendo sustentando y ahora con más fuerza. Se alude a un amor profundo, respeto entre todos los integrantes del núcleo familiar, espacios relajados y nutricios, una privacidad posible para cada una de las personas cuando lo dispongan, y tantas tantas cosas...

Pero el confinamiento, devela la diversidad de comportamientos y relaciones dependiendo de las familias.

Puedo hablar de...

Las clases medias (y medias altas)

A sabiendas que no son homogéneas, diré que el espacio de trabajo, de shopin, del salón de belleza, de las y los amantes, del deporte y del gimnasio, mitigaban en gran manera la ardua tarea de la convivencia familiar.

En varios de esos espacios, cada uno y una tenía un rol muy diferente al de la casa. Quizás el hombre y la mujer adulta, tenían cargos de jefatura que les conferían la posibilidad de ser atendidos, respetados y obedecidos. También alentaba el arreglo personal y la coquetería con las personas que se vinculaban y en no pocos momentos, la salida nocturna a las copas, o a los cafés, coqueteando, maldiciendo, o reuniendo fuerzas para el regreso a casa. Mismo que lo harán en su camioneta, -toyota, kia, Hyundai, Mazda- en aire acondicionado y oyendo a través de su blutut lo que les interese. Quizás preguntarán ¿ya voy para la casa, se necesita algo? en aras de paliar el retraso en la llegada.

En la casa, estarían los niños jugando con el perro -porque tienen perro-, los adolescentes en sus cuartos ensimismados en su celular y alguien habrá atendido lo doméstico, para servir al señor o la señora que llega.

Pero ahora la cosa cambió. Están allí las 24 horas del día (esa expresión de veinticuatro siete me parece horrible). ¿Quién cocina y atiende? ¿Quién se arregla y se agrada y agrada al verse? ¿Quién admira y obedece? ¿Cómo chateo con quien no debo? ¿Cómo sobrellevo la convivencia con quien no soporto?

Seguramente, dados los niveles de espacio concreto de la casa, y si hay aire acondicionado, los cuartos, tres seguramente, permanecerán cerrados, dos en

que estarán los hijos/as y en el de los adultos, seguramente estará una persona tan solo, quien se lo adueñó como habitación propia. Quien menos importe o tenga menos poder en este espacio doméstico, le tocará la sala y seguramente la atención de la reproducción: comida, limpieza y demás.

Pueden pensar junto conmigo, y decir, que no todo es así, que hay otras familias que la pasan bien, bueno ellas son las que contribuyen a soldar el mito. Por eso expongo esta realidad que permea a muchas familias y de las que no se habla.

Aquí donde vivo, casi todos estamos solos y con nuestros perros, pero donde hay familias, por primera vez se han escuchado pleitos. Los regaños a los hijos, las peleas de parejas y ningún encuentro sexual, que dado el silencio existente bien se podría escuchar.

La pobreza de las multi

También pensé en la multi de Barraza y El Chorrillo que tanto conozco. Donde la mayoría hace su vida fuera del espacio doméstico. Allí no es posible estar dentro. El calor, la falta de agua, la promiscuidad, la violencia de toda índole y la pobreza extrema no recrean las idílicas familias tan cacareados.

Si normalmente bajaban temprano - entre otras cosas, para no subir los 8 pisos o 10, porque los ascensores nunca funcionan- cómo le harán ahora si se los pueden llevar detenidos o ser retratados como culpables de que colapse el sistema de salud nacional, o peor aún, de que todos nos infectemos del covid. ¿Cómo resistirán 24 horas en un espacio pequeño de dos habitaciones, un baño minúsculo que si se usa frecuentemente se tapa, o donde cuando hay agua ésta llega con poca presión? ¿Cómo harán los pelaos y pelás para que no les griten o les peguen porque no hay comida y ellos tienen hambre? ¿Cómo hará el bebé lleno de salpullido, cuando no hay agua y el talco en el cuello no sirve?

El espacio doméstico, ámbito de la familia mítica, en esos lugares no es tal. No por el covid, han sido la muestra fehaciente de la violencia de la pobreza en su más cruda expresión. Esa pandemia que no importa.

Y seguramente acudirán a las calles, para vender o venderse, para respirar y no morir en la cuarentena ya sea por el virus o el hambre o los golpes o la frustración de siempre aumentada exponencialmente (palabrita que se usa ahora en cada protocolo gubernamental de guerra).

Pensaba en los pelaos que decían que tenían miedo cuando sus papás estaban en casa, de seguro habría peleas y eso les daba miedo. O la niña de 8 años que decía que en su casa el problema era que la mamá tenía novio y el papá se molestaba porque la mamá se encerraba donde podía con el celular, o bien, aquellos de 7 u 8 años que sabían que sus familias vendían droga, que eso estaba mal, pero les compraban soda y chiguis. Qué sería de aquellos y aquellas más

grandes que sus papás estaban presos y que ahora no los podrán visitar y eso les daba mucho gusto porque jugaban con ellos y los abrazaban.

El coronavirus está afectando a mucha gente, es cierto, pero pensaba que, en las multitudes han vivido una salud precaria todos los días, una cuarentena social a través de los tiempos y agudizada con mayor segregación y delimitación de los espacios donde no se les permite entrar. El riesgo de morir no es extraño en lo absoluto, han crecido con él, algunas personas han sobrevivido otras no, y eran papás, mamás, hermanos/as, hijos/as...

Tengo en mi mente y en mi olfato el olor de las familias, sí el olor de las diferentes familias, unas huelen a la Arrocha, otras a Félix B. Maduro, otras a la tienda del chinito, a la calle y como se decía en Parasite, a la pobreza.

Yo, Alina.

29 de marzo de 2020.